

MARIANO GUINDAL

LOS DÍAS QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE

LA TRASTIENDA DE LA PEOR CRISIS
ECONÓMICA QUE HA VIVIDO ESPAÑA



En la tarde-noche del 9 al 10 de mayo de 2010 España pudo ser intervenida por la Unión Europea (UE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Una auténtica catástrofe que habría hipotecado el futuro de dos generaciones. El presidente Zapatero lo evitó in extremis a cambio de aprobar el mayor ajuste social de la democracia. Aquel día el PSOE se hundió. Unos meses después, Irlanda y Portugal fueron rescatadas. Una ola de indignación recorrió España. Un año más tarde, el 15 de mayo de 2011 miles de jóvenes y no tan jóvenes ocuparon calles y plazas para protestar contra la falta de oportunidades y de futuro. Los sacrificios realizados por los españoles fueron totalmente insuficientes: la especulación siguió siendo salvaje; las agencias de rating continuaron degradando la deuda española como si se tratase de bonos basura. Al inicio de agosto de 2011 el Banco Central Europeo (BCE) envió una carta confidencial al gobierno exigiéndole ocho durísimas condiciones para seguir comprando los bonos españoles. Si no las cumplía la economía se colapsaría y tendría que solicitar el rescate. Zapatero pactó con Rajoy una modificación exprés de la Constitución y convocó elecciones. Los españoles se corrieron a la derecha con el vano intento de escapar de la crisis. El líder del PP se convirtió en el presidente del gobierno con más poder de la democracia. Hizo de las exigencias del BCE, cuyo contenido íntegro es desvelado por primera vez y con todo detalle en esta obra, su hoja de ruta. El ajuste exigido es tres veces superior al realizado por los socialistas. El esfuerzo es y será tremendo, pero saldremos a flote.

A mi querida Mar, y a mis hijos
Nicolás, Carlota y Santiago

INTRODUCCIÓN

No pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo. La crisis es la mejor bendición que puede sucederles a personas y países porque la crisis trae progresos.

La creatividad nace de la angustia como el día nace de la noche oscura. Es en la crisis donde nacen la inventiva, los descubrimientos y las grandes estrategias. Quien supera la crisis se supera a sí mismo sin quedar *superado*. Quien atribuye a la crisis sus fracasos y penurias violenta su propio talento y respeta más los problemas que las soluciones.

La verdadera crisis es la crisis de la incompetencia. El inconveniente de las personas y los países es la pereza para encontrar salidas y soluciones. Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía. Sin crisis no hay méritos. Es en la crisis donde aflora lo mejor de cada uno, porque sin crisis todo viento es caricia. Hablar de crisis es promoverla, y callar en la crisis es exaltar el conformismo. En vez de esto, trabajemos duro. Acabemos de una vez con la única crisis amenazadora, que es la tragedia de no querer luchar por superarla.

ALBERT EINSTEIN

PRÓLOGO

El martes 10 de abril de 2012 España volvió a situarse en el umbral de la intervención por la Comisión Europea. La deuda española sufrió uno de los mayores ataques especulativos desde el inicio de la gran crisis económica iniciada cinco años antes a causa del estallido de la burbuja inmobiliaria. Fue uno de los días en que vivimos peligrosamente. Si España acababa intervenida por la Unión Europea y como consecuencia de esta decisión se veía obligada a la suspensión de pagos, el temido *default* que había sufrido Grecia unos meses antes, volveríamos a ver el hambre en España. Si eso sucedía, nuestra joven democracia estaría en peligro.

Este escenario por dramático que pudiera parecer lo compartían los principales dirigentes del país, que consideraban que estábamos viviendo un momento excepcional y de alto riesgo. Aun así, la gravedad del momento no había sido trasladada a la opinión pública porque de nuevo el Gobierno estaba minimizando el nivel extremo de la situación para evitar la alarma social.

El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, que había asumido el cargo apenas cien días antes, estaba desconcertado y confundido. Así se visualizó cuando en plena tormenta especulativa escapó de las preguntas de los periodistas escabulléndose por el garaje del Senado en medio de un fuerte nerviosismo. Los *fontaneros* de Moncloa habían dejado correr la hipótesis de que España podría abandonar el euro y volver a la peseta. Estábamos en medio de un órdago a la canciller alemana Angela Merkel y al entonces presidente francés Nicolas Sarkozy. Si un Gobierno

electo con mayoría absoluta que estaba haciendo sus deberes era intervenido por el «directorio europeo» —como llama mi compañero y amigo Enric Juliana al núcleo de poder formado por Alemania, Francia, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)—, por un tiempo indefinido, el sistema democrático dejaba de tener sentido. Ante esa coyuntura la única posibilidad era volver a la peseta y dejar de pagar una parte sustancial de la deuda. En ese momento España se convertiría en el Lehman Brothers del euro. Toda la banca acreedora entraría en quiebra. España era demasiado grande para dejarla caer.

Sin duda se trataba de una jugada muy arriesgada, pero era la única salida para forzar al BCE para que hiciera una compra masiva de los bonos españoles. Se trataba de acabar de una vez por todas con el «pacto para el suicidio» impuesto por Berlín, como gráficamente lo había denominado el profesor de la London School of Economics, Luis Garicano.

La estratagema dio resultado. El BCE flexibilizó su postura e hizo saber a los mercados que mantendría la *barra libre* de liquidez que mantenía abierta para evitar el colapso financiero. La situación empezó a relajarse pero el peligro no había desaparecido.

Esa tensión me recordó la conversación que había mantenido el 19 de diciembre de 2011 con José Manuel Campa, secretario de Estado de Economía en funciones: «Si llegamos a 2014 con una deuda por debajo del 85 por ciento del PIB, un déficit menor del 3 por ciento, un sistema financiero saneado y un crecimiento por encima de la media europea, España volverá a ser un ejemplo de éxito». Sin duda era un cándido.

Nueve días después, a la misma hora, había quedado a tomar el aperitivo en La Botellería de la Plaza de Oriente con mi viejo amigo Joaquín Almunia, vicepresidente de la Comisión Europea y comisario de Competencia desde febrero de 2010. Hacía tiempo que no nos veíamos, porque

había estado muy ocupado tratando de que la gran recesión no se llevase el proyecto europeo por la alcantarilla. También era un día precioso y la calle estaba llena de jóvenes llegados de todos los rincones del mundo. Hablamos de la compleja situación actual.

—España siempre ha progresado a golpe de crisis —le dije con énfasis—. Tal vez lo peor ya haya pasado y para 2014 volvamos a crecer por encima de la media europea, como dice Campa.

—¿Por qué? —me preguntó con media sonrisa burlona.

—Porque nuestro potencial de crecimiento es mayor.

—Eso era antes de que estallase la burbuja inmobiliaria. Ya no lo es. Durante un larguísimo período de tiempo, España va a crecer por debajo de la media europea, y nos tendremos que acostumbrar a vivir con unas tasas de paro muy altas.

—Mira... durante quince años España ha dedicado una cantidad ingente de recursos económicos en la construcción. Buena parte de ese dinero se ha volatilizado, y como lo habíamos pedido prestado, ahora tenemos que pagarlo. Por tanto, la única manera de crecer es hacer cosas que podamos vender fuera; y para poder competir tenemos que bajar los precios. Por eso no nos queda más remedio que llevar a cabo una fuerte devaluación interna. Eso exige bajar nuestros costes, fundamentalmente los laborales, porque son los que más pesan, y estar muy atentos a otros factores, como el precio de la energía. Y eso nos va a costar una década, a no ser que Rajoy ponga en marcha un plan de choque con reformas muy duras y profundas, como hicimos nosotros en 1982. Pero la verdad es que no veo ni a este Gobierno ni a los agentes sociales en esta dinámica para acelerar la salida de la crisis.

Recibí las palabras de Joaquín como si me hubiese arrojado un jarrón de agua fría. Optimista por naturaleza, me había agarrado a las palabras de Campa como a un clavo

ardiendo, pero aquel baño de realismo manado de la boca del vicepresidente europeo me había hecho aterrizar.

—¿Y la construcción de los Estados Unidos de Europa?
—indagué esperanzado.

—No te engañes, eso no moviliza a nadie y te lo digo yo que he sido un europeísta de toda la vida, y desde el cargo que ocupó. Aún tenemos muchas cosas que nos separan, somos muy diferentes los unos de los otros y el nacionalismo sigue muy arraigado en nuestras naciones. ¿Qué tiene que ver un francés con un letón, o un holandés con un italiano; por no decir un español con un inglés? Lo único que podría movilizar son los ideales y los valores que nos son comunes. Tal vez con ellos podríamos implicar a los jóvenes.

—Rearmarnos ideológicamente —murmuré—, como dice Pepe Borrell.

—No es una cuestión de ideología. La socialdemocracia no es una ideología, sino una manera de concebir y vivir la vida: con tolerancia y solidaridad, en libertad, apostando por la igualdad de oportunidades. Y eso está reñido con cualquier tipo de corrupción. Es por ahí por donde yo veo que la izquierda puede volver a recuperar su papel en la historia y no a través de un rearme ideológico.

Algo parecido me había comentado Luis de Guindos —a quien me une una estrecha y sincera amistad de años, por encima de nuestras discrepancias políticas— tan sólo cuatro días antes de ser nombrado ministro de Economía. Para él, las cosas estaban muy mal y tarde o temprano terminaríamos siendo intervenidos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) si no nos lo replanteábamos todo. En su opinión, España estaba en quiebra.

—Hay mucha gente —me había dicho De Guindos— que lo está pasando muy mal... pero mal... No todo el mundo puede llegar con su sueldo a final de mes y hay personas que se van a la cama sin cenar más que unas galletas y un vaso de leche.

—Eres un catastrofista, Luis —le había replicado—. No tienes ni idea de lo que es pasarlo mal. España es hoy un país rico y no tiene nada que ver esta crisis con la que sufrimos en los años setenta, cuando España era un país de botijo y alpargatas y nos teníamos que ir al extranjero para trabajar porque aquí no había nada excepto pobreza.

—No te engañes, Mariano, soy un optimista bien informado. Y te digo que este país necesita una cura de caballo para salir adelante, aunque reconozco que no tiene nada que ver con el de hace cuarenta años.

A pesar de todo, yo quería seguir creyendo que José Manuel Campa tenía razón. Ni éramos tan buenos como nos creíamos en los años del *boom* ni tan malos como nos sentíamos en plena recesión. Tal vez fueron estas y otras conversaciones similares las que me animaron a cambiar mi firme decisión de retirarme del periodismo activo y a embarcarme en la aventura de escribir un nuevo libro. ¿Hay motivos para ser optimistas? ¿Cómo van a cambiar nuestras vidas después de esta gran recesión? ¿Qué nos está pasando? ¿Cuáles han sido los días que realmente hemos vivido peligrosamente? Responder a estas preguntas a través de una crónica ha sido, desde el principio, el objetivo de este libro, escrito al calor de la más trepidante actualidad.

Desde la óptica de un reportero, los trescientos días que cambiaron España ha sido el reto. Los últimos doscientos días de Zapatero (ZP) en el poder y los cien primeros de Rajoy en la Moncloa. Lógicamente, para entender este período clave de la reciente historia de España me he tenido que adentrar en el inicio de la gran crisis financiera de los productos *subprime*, desatada en agosto de 2007.

He elegido este corto lapso por estar convencido de que estábamos asistiendo a un cambio de etapa. Franco se mantuvo en el poder treinta y seis años, desde el 1 de abril de 1939, día en el que acabó, oficialmente, la guerra civil, al 20 de noviembre de 1975, fecha en la cual falleció en la cama. Aquel mismo día se inició la Transición española mo-

derna, que finalizó otro 20 de noviembre, del año 2011, cuando Mariano Rajoy obtuvo el mayor triunfo político alcanzado por la derecha en democracia, complementado con el hundimiento de la izquierda. Mientras, la gran recesión había puesto en revisión el pacto social alcanzado tras la caída del franquismo y atravesábamos una profunda crisis económica, social e institucional: el Estado de bienestar y el autonómico resultaban tan caros que no podían financiarse; el modelo económico estaba inservible; la construcción parada; el sistema financiero en quiebra; el marco laboral inválido; los partidos desacreditados por la corrupción, y el país al borde del precipicio con más de cinco millones de parados. Hasta la monarquía estaba siendo cuestionada tras haber sido imputado el yerno del Rey por el llamado *caso Urdangarin*, y por el escándalo por la cacería de don Juan Carlos en Botsuana con la princesa Corinna Zu Sayn-Wittgenstein, en pleno ataque especulativo contra la deuda española. La única buena noticia disponible era el abandono de la violencia por parte de Euskadi Ta Askatasuna (ETA); pero, a cambio, se había enconado el enfrentamiento entre el nacionalismo central y los periféricos, protagonizados por Cataluña y por Euskadi. Ya nada sería igual...

Aún recuerdo el día en el que murió el Generalísimo. Después de pasarme toda la noche de guardia informativa en el hospital madrileño La Paz, salí a la calle, miré al cielo y me pregunté cómo sería el futuro. La situación era muy difícil. No sabíamos si habría un golpe de Estado; el crac del petróleo amenazaba con llevarse todo por delante; España estaba al borde de la quiebra; los jóvenes teníamos que emigrar a Francia o a Alemania a buscar trabajo... Había miedo, mucho miedo, pero nos embargaba la ilusión de tener una democracia y de formar parte de Europa. Y conseguimos superarlo todo. Durante ese tiempo pasamos por cinco recesiones, dos grandes crisis y media docena de desaceleraciones económicas y siempre salimos adelante.

De hecho, la historia de la Transición, a pesar de los pesares, ha sido una historia de éxito.

Treinta y seis años después, otro 20 de noviembre, tras depositar mi voto en el colegio electoral, volví a hacerme la misma pregunta. ¿Cómo será el futuro que nos espera? Una vez más había miedo; los jóvenes también tenían que irse a Alemania, o a Brasil, o a Chile... a buscarse la vida; podíamos ser intervenidos en cualquier momento por el FMI, como Grecia, Irlanda, Italia y Portugal; nos podían echar del euro y Europa podía romperse. La derecha había vuelto a acumular un inmenso poder político y económico, y el Partido Socialista (PSOE) estaba hundido, los sindicatos desmoralizados y los medios de comunicación acogotados por deudas y sin el oxígeno imprescindible de la publicidad. La crisis económica había ido mutando en los cuatro últimos años en una hidra de múltiples cabezas. Lo que inicialmente había comenzado siendo una burbuja inmobiliaria, pronto se había convertido en una crisis financiera, y trastocado al poco en una grave crisis económica que había desarrollado un enorme problema social con más de cinco millones de parados, atizado la mutua suspicacia entre los sectores público y privado, y fundido la desconfianza sobre la deuda pública española con las dificultades del sector financiero privado, en un nudo gordiano muy difícil de desatar.

¿Había motivos para ser optimistas? Probablemente, no; pero como dice Eduardo Punset en su reciente libro *Viaje al optimismo*,^[1] cualquier tiempo pasado siempre ha sido peor. Al igual que José Manuel Campa, yo también soy un iluso y, sinceramente, pensé entonces: «De ésta vamos a salir, aunque nos tengamos que apretar el cinturón».

* * *

Lunes, 18 de junio de 2012. Lo que nunca pude imaginar era que, dos meses más tarde de escribir este prólogo, el sistema financiero español iba a quedar intervenido tras ser rescatado por la Unión Europea. La tarde del 9 de junio del 2012 me encontraba firmando ejemplares en la tradicional Feria del Libro del Retiro madrileño cuando Mar me llamó desde el Ministerio de Economía para decirme que Luis de Guindos acababa de anunciar que España recibiría 100.000 millones de euros. El corazón me dio un vuelco. Aquello era el principio de la intervención pura y dura. El jueves 14 de junio, España tenía que pagar un tipo de interés del 7% por su bono a diez años. Unas horas antes, la agencia de calificación Moody's había rebajado la deuda española al borde del bono basura. En medio de aquella vorágine me llamó mi editor Ramon Perelló: «Mariano, esto está que arde: la realidad se empeña en desbordarnos a diario, y tu libro gana en interés al mismo ritmo. ¡Reeditamos!».

Fue así como surgió la idea de añadir un post scriptum que usted, querido lector, podrá encontrar al final de esta obra. Ahí relato la crónica secreta de la España intervenida.

De la quiebra de Lehman Brothers a la dimisión de Pedro Solbes

(15 de septiembre de 2008-7 de abril de 2009)

1. Los lunes al sol

El 15 de abril de 2009 me encontraba en la cola del paro. Aún lo recuerdo, y creo que no se me olvidará en mi vida. Eran las seis de la mañana. Estaba haciendo turno para coger cita en la oficina del INEM en Majadahonda, una ciudad dormitorio del noroeste de Madrid, donde reside la clase media y conviven dirigentes socialistas con *yuppies* trasnochados.

Hacer cola en la madrugada de una mañana heladora para obtener una cita para solicitar el cobro de la prestación por desempleo, para la que se ha estado cotizando durante cuarenta años, es toda una experiencia. El día anterior había ido a las siete de la mañana, y cuando abrieron la oficina a las nueve los números se habían agotado antes de que me tocase turno. Como sabía que algunos parados habían acudido hasta siete veces para coger hora, había acudido más temprano. Pese a ello, cuando llegué, la fila formada desde la puerta exterior de la oficina ya era preocupantemente larga. Hacía mucho frío y llovía. Me sentí humillado, tratado como si fuese una zapatilla vieja. Los más previsores habían acudido provistos con una manta, yo me había limitado a un escueto paraguas y a mi traje con corbata.

—¿Tienes que ir con traje y corbata a la cola del paro?
—me había preguntado en casa Mar Díaz-Varela, mi mujer y compañera durante tantos años en *La Vanguardia*—, lo importante es que vayas abrigado.

—Sí —había respondido yo—. Es mi uniforme de trabajo y, además, después tenemos un almuerzo con el presi-

dente de Indra, Javier Monzón, en La Moraleja.

—¿Llegarás a tiempo?

—Sí, espero... para eso voy tan temprano.

Cuando me sumé a la cola, mi primer pensamiento fue que si la propietaria de la oficina fuera una empresa de seguros jamás sería su cliente. Después me fijé en mis compañeros de espera. Éramos muy diferentes. Había algunos parados de «cuello blanco», pero la mayoría eran inmigrantes o jóvenes con contratos temporales. El paro nos igualaba a todos. Yo era de los que había tenido suerte. Desde los 14 años, edad a la que comencé a trabajar, nunca me había faltado empleo. Había podido terminar mi carrera y, cuarenta y cuatro años después, había cobrado una buena indemnización. Era un prejubilado; sin duda una especie a extinguir. A partir de la semana siguiente podría empezar a disfrutar del sol los lunes. Me dedicaría a pasear a mi perra Sara.

En realidad no era un caso excepcional. Los periodistas estábamos sufriendo un ajuste más duro que el de la reconversión industrial de los ochenta. Como me había comentado poco antes el secretario general de la Seguridad Social, Octavio Granado, «las empresas periodísticas han despedido al 40 por ciento de sus plantillas y la cosa no ha terminado aquí». A los que tenían más de 55 años les olía el culo a pólvora. Los medios de comunicación se encontraban, sin duda, en su mayor crisis desde la instauración de la democracia en 1977. La razón era doble: por una parte los ingresos se habían desplomado por la caída de la publicidad; por otra, la rápida propagación de los medios digitales había difuminado el negocio. Si la gente podía informarse gratis por qué habría de pagar por ello. Durante los anteriores quince años de auge económico, los medios de comunicación tradicionales habían incrementado astronómicamente sus costes. Las plantillas estaban sobredimensionadas, y los gastos corrientes, también. La información es